

EXAMEN DE INGRESO

El policía que estaba sentado junto al aduanero dijo:
—¡Peter Whitel...!

Cuando estaba distraído, le costaba recordar que se suponía que aquellos nombres eran los suyos. Miró, indiferente, cómo aquellos hombres ponían timbres, garabatos y firmas en una de las páginas del pasaporte que les acababa de entregar. Siguió a la gente que iba delante de él y, de repente, después de bajar por la pasarela del barco, se encontró con los pies en África por primera vez en su vida. Aquello era Alejandría. Su destino era El Cairo. No hizo caso a lo que le rodeaba, paró un taxi e hizo que le llevaran a la estación de tren. Por el camino, el propio chófer le informó —con las cuatro palabras que el hombre sabía de inglés— de que a menudo había trenes hacia El Cairo y que seguramente se podría marchar enseguida.

Se instaló en el tren en un compartimento de primera, muy tranquilo, dejando sobre las rodillas una cartera de mano, ligera, donde llevaba las cosas más indispensables.

En cuanto el tren arrancó, cómodamente sentado, viendo pasar casas y más casas, se puso a pensar un poco en su situación. No estaba ni preocupado ni inquieto, pero, más que nada, quizá se sentía algo sorprende-

do. «Bien –se decía–, ya estamos en Egipto, ya vamos hacia El Cairo, pero, ahora, ¿qué más?». Siempre le había atraído la aventura, y ahora se encontraba en ella de lleno. Habría querido saber adónde le enviarían después, aunque el trabajo que tendría que hacer y la gente con la que tendría que tratar no le preocupaban. Presentía que en todo aquello había algo turbio, pero, como le pagaban muy bien, creía que no valía la pena pensar en ello.

Sin darse cuenta, el traqueteo del tren le adormecía. Empezó a perder la noción de lo que pasaba a su alrededor y se reprodujeron en su conciencia los acontecimientos que había vivido en los últimos días.

Todo había comenzado una tarde, en Barcelona, al salir del cine. Llovía y, para no mojarse, se había refugiado en un bar de la Rambla. Tras sentarse en un taburete, en la barra, había pedido un vaso de ginebra con sifón y, distraídamente, había cogido el periódico. La mirada se le había clavado en el texto de un anuncio. No era como los demás. No era aquello de «se necesita meritorio», o bien «persona honrada se ofrece, con nociones de cálculo y de contabilidad, para trabajo de confianza». No. Tenía un texto extraño. Se lo sabía de memoria. Lo había leído muchas veces, después. Decía: «Empresa internacional ofrece oportunidad a joven independiente; que hable correctamente alemán e inglés; que tenga grandes condiciones físicas; que le guste el riesgo; que sea gran nadador y que esté dispues-

to a viajar. Edad máxima: treinta años. Peso mínimo: setenta y cinco kilos. Escriban al número 2.346 de la agencia de publicidad».

Enseguida había pensado que él era la persona indicada para aquel puesto. Había tenido intención de recortar el anuncio, pero, como le pasaba en tantas ocasiones, lo había dejado correr. Ya no llovía y la calle le esperaba.

Al llegar, ya de noche, se había topado con su hermano. Habían discutido. ¡Su hermano...! Nadie hubiera dicho que fueran hermanos. Trabajaba en un banco y nunca se había movido de Barcelona, excepto cuando hizo el servicio, que había ido a parar a Figueres... Un chico disciplinado, recto, constante... Una hormiguita, había pensado siempre. En cambio, él... ¡Casi era mejor no hablar! ¡A sus veintisiete años había corrido de la Ceca a la Meca y más allá! Tres años en Alemania, en Hamburgo, donde había hecho de todo: desde trabajar de camarero hasta de músico, pasando por operario de una fábrica de coches, delineante y profesor de cultura física... Había sido un récord haber hecho todo eso en tres años, y más si se tenía en cuenta que el último año lo había pasado entre rejas por una discusión con un marinero en una taberna del puerto.

Y después, también, Inglaterra. Pero aquella isla le dejaba indiferente. Había tenido la mala suerte de tropezar con la niebla, y aquello no era vivir. Se había quedado allí solamente unos meses y había mejorado el inglés que había aprendido en Hamburgo cerca de unos aviadores americanos.

Había vuelto a Barcelona. Su presencia introdujo el desasosiego en las costumbres de la familia de su hermano. Eran... Bueno, eran diferentes. Demasiado diferentes... Como no había llevado ni cinco céntimos y en aquella casa no iban sobrados para mantenerle, había buscado empleo. Era la ocasión de sacar provecho de su facilidad para los idiomas. Había ido a parar a la Costa Brava, como intérprete en un hotel de Sant Feliu de Guíxols... Ya había vivido bien, ya, en Sant Feliu. El clima, el ambiente, todo era bastante agradable. Pero habría preferido estar allí en otras condiciones. Ser cliente, en vez de mozo... Pronto se las había visto con el *maitre*. Como no tenía pelos en la lengua, la cosa había acabado mal, como siempre que su genio se desvelaba: el *maitre* había volado sobre dos mesas bien puestas, ocupadas por clientes distinguidos, cuyos vestidos habían sufrido las consecuencias del altercado.

Al llegar a Barcelona, había vuelto a casa de su hermano, que había temblado con solo verle entrar. Le habían soportado todo el invierno, mientras el dinero recogido en la costa le había permitido pasar la mayor parte del tiempo fuera de casa. Pronto la convivencia se había vuelto imposible. Habían discutido. Su hermano había dicho muchas cosas. Lo más sonado era, quizá, «inadaptado»...

Al día siguiente no había oído a su hermano, que salía hacia el banco en torno a las ocho y media: hacía quince años que trabajaba allí y no había llegado nunca tarde. Se había levantado hacia las diez y media. Su cuñada estaba en la plaza. Después de afeitarse y

lavarse, buscó algo comestible. Cogió una loncha de queso y unas rebanadas de pan. Mientras se lo comía, había echado de menos la cerveza... Había abierto *La Vanguardia* que estaba sobre la mesa. Había empezado a mirarla por la última página. Siempre lo hacía de aquella manera, quizá porque lo de leer el periódico también creía que había que hacerlo al revés de todo el mundo. Se había tropezado otra vez con el anuncio del día anterior. No había dudado nada. Se había levantado. Había buscado por toda la casa algo para escribir. No había pensado mucho el texto. Solo había puesto lo fundamental: que necesitaba aquel trabajo, que se llamaba Pere Vidal y que vivía en la calle de la Riereta, en Barcelona, con la familia de su hermano, que eran sus únicos parientes, y que tenía ganas de perderlos de vista.

No le habían contestado, pero un par de días más tarde habían empezado a pasar cosas raras. Una noche, al salir de los billares de la Gran Vía, donde había ido a recluirse para hacer tiempo y llegar a casa cuando todo el mundo estuviera en la cama, se dio cuenta de que le seguían al dejar la calle Joaquín Costa e ir hacia el pasaje de Sant Bernat, antes de la plaza. Primero había visto dos sombras que se acercaban. Un raro presentimiento le había hecho pensar que iban a por él. No le había sorprendido que al estar a su altura hubieran intentado agredirle. Como estaba prevenido, paró el golpe y pasó enseguida al ataque. Eran dos hombres muy extraños y silenciosos. Era, con mucho, más fuerte que los otros dos. Mientras se libraba del

segundo con un potente golpe dado con la mano, le propinaba un puntapié en la espalda al primero, que fue a parar al suelo a la primera sacudida. Le había preocupado pensar que pudieran ir armados, pero parecía que no. De hecho, le había sido fácil deshacerse de ellos. Mientras el del suelo gemía, el otro se llevaba las manos al estómago, dolorido por el golpe, lo cual le había proporcionado la oportunidad de soltarle un mamporro en la boca. Les iba a preguntar si ya tenían bastante, pero en aquel momento un coche subía lentamente por la calle, en dirección contraria. Los dos hombres corrieron y se metieron de un salto dentro del vehículo, que arrancó a toda velocidad. Se había quedado boquiabierto.

Otro día, en un bar del puerto donde mataba el rato, un hombre que daba la impresión de ir bastante bebido le había hecho unas misteriosas confidencias de negocios sucios relacionados con el contrabando de tabaco y de objetos de joyería. El hombre le había dado una tarjeta con su nombre y la dirección, por si necesitaba algo. No habló de ello con nadie, ni con la policía.

Al día siguiente comenzó a ver el juego. Había recibido una carta muy concreta de aquella empresa internacional del anuncio, que le enviaba un talón de cinco mil pesetas y la indicación de que se despidiera de su hermano diciéndole que se iba unos días de viaje a Tarragona, pero mandándole, en realidad, que no se moviera de Barcelona y que fuera a parar a un hotel de poco renombre de la calle de la Boqueria. Que dijera

allí su nombre y encontraría ya un cuarto reservado. Así lo había hecho. Pero primero había ido a cobrar el talón. Se había sorprendido al ver que en el banco nadie le ponía obstáculo alguno, pues, en el fondo, pensaba que aquello era un engaño. Se había presentado en la casa de su hermano a la hora de comer, les había devuelto las dos mil pesetas que les debía, ante la sorpresa general —ya que creían que no las volverían a ver nunca más—, y se había despedido con frialdad. Su hermano había intentado darle algún consejo respecto a frenar los impulsos violentos, a ver si podía hacer durar más aquel nuevo empleo de Tarragona. Le había dejado hablar, riéndose por dentro, y había salido con un incierto «hasta la vista».

No le preocupaba el porvenir, pero ya tenía ganas de estar más de quince días en un mismo empleo. Se arrepentía de ser violento, a veces, pero no podía soportar que nadie quisiera dárselas de matón a su costa. Aquel trabajo, por lo que se desprendía del anuncio, ofrecía una gran independencia. Valía la pena intentar encajar en él. Además, estaba el pequeño detalle de las cinco mil pesetas que le habían enviado. Aunque está claro que nadie da nada a cambio de nada, tampoco se comprometía siguiendo aquellas instrucciones.

Había vivido un par de días en el hotel. Llevaba una vida de ocioso. Se levantaba tarde. Salía sin desayunar y se tomaba un par de tazas de café en cualquier bar de la Rambla. Compraba algún periódico inglés para no perder la forma y dejaba pasar la mañana sentado en algún local o en la Rambla, mirando a la gente

que pasaba. Regresaba al hotel, comía, volvía a salir y, normalmente, se recluía en algún cine. Estaba algo desorientado. Habría querido hacer alguna otra cosa. Por ejemplo, ir una mañana, bien temprano, al estadio de Montjuïc a correr un poco y lanzar peso, para hacer bíceps, pero esperaba instrucciones.

La segunda tarde se quedó en el hotel. Había descubierto en un quiosco una colección de novelas policíacas que desconocía, y había empezado a leer una. Era muy interesante. Ya no había tenido ganas de ir al cine. Se había ido al cuarto y, tumbado en la cama, la había leído de un tirón. Estaba bien, era original...

Se había dado cuenta de que era la hora de cenar, pero decidió salir antes a estirar un poco las piernas. Paseó hasta el monumento a Colón, y volvió arriba. Cenó. No sabía qué hacer: si ir al cine o meterse en la cama. Optó por lo último. Pensó que, si no le entraba sueño, quizá todavía podría liquidarse otra novela.

Había entrado en el cuarto a oscuras. Había cerrado la puerta. Había encendido la luz y se había quedado algo sorprendido. Un par de individuos estaban sentados en su cama. No sabía qué decir. Los dos hombres sonreían. Se había iniciado un diálogo:

—Me parece que se equivocan...

Uno de los dos hombres, más bien rubio, con el pelo muy corto, había empezado a hablar en alemán. El otro los miraba. Era moreno y, aunque iba vestido a la europea, daba la sensación de ser africano, marroquí o argelino...

–No. Usted es Pere Vidal y hemos venido a hablar de lo del... empleo que ha solicitado... Tenemos trabajo para usted, mañana mismo.

–¿En qué consiste?

–No lo sabemos, nosotros... Es cosa secreta...

–Bien, pero, como pueden comprender, no puedo aceptar un trabajo sin saber si me interesa...

–Cinco mil pesetas.

–Bien, quiero decir que quisiera saber qué tipo de trabajo es...

–Y yo no le puedo decir nada más que esto: cinco mil pesetas. Si no le interesa...

Y los dos hombres hicieron ademán de levantarse.

–Hombre, no se lo tomen así, pero...

Entonces había hablado el otro, el moreno. Lo hacía en un inglés muy pintoresco.

–Sabemos qué quiere decir, pero no le podemos explicar de qué va hasta que no sepamos qué podemos esperar de usted. Estos dos días le hemos hecho una especie de examen de ingreso...

En aquel momento todo se había aclarado. De repente había comprendido.

–Entonces, ¿era gente suya la que me atacó?

–Sí, y dejó usted a uno bien magullado, pero no se lo tiene en cuenta. Ya está acostumbrado...

Se habían reído los tres. El hielo parecía que se había roto. Pero entonces, con más motivo, había intentado averiguar de qué se trataba.

Los otros dos volvieron a ponerse a la defensiva. No había manera de hacerles hablar.

—No es asunto nuestro... Solo podemos anticiparle que será necesario que viaje mucho...

—¿Y si no acepto?

—Lo sentiremos por usted. Tiene dificultades. No puede volver a Alemania, ni a la Costa Brava... No tiene oficio ni beneficio... No querrá ingresar de ordenanza en el banco donde trabaja su hermano, ¿verdad?

Lo sabían todo. Hizo una pregunta, la última:

—Y de sueldo, ¿qué?

—Depende del rendimiento. La media habitual es de dos mil diarias...

El corazón le había dado un salto. Había permanecido impasible, aunque había tenido ganas de soltar un silbido. ¡Sí que era dinero! Debía de ser un trabajo peligroso. Pero ¿dónde se escondía el peligro? Aquella gente no le decía nada, era inútil insistir. Bien, se podría intentar, había pensado. Siempre estaría a tiempo de echarse atrás. Los otros continuaban:

—...que puede aumentar considerablemente, según los trabajos...

—Pero eso de cinco mil para mañana, ¿qué quiere decir?

—Es el precio de un solo día. Según cómo se desenvuelva, será contratado o no... Forma parte del examen. La última prueba ya. Nos interesaba hablarle personalmente para saber qué tal andaba de idiomas. Ha salido del aprieto... Es usted fuerte, no tiene miedo, es discreto y habla correctamente... Mañana la cosa se decidirá. A las diez de la noche tiene que pasear por el puerto de Arenys de Mar. Le preguntarán:

«¿Qué hay que hacer?», y responderá: «Saad-al-Aali». ¿Entendido?

Se habían levantado. Habían salido por la puerta sin decir ninguna palabra más. Su mano, en un intento de querer estrechar la de ellos, había encontrado el vacío. Se había pellizcado para saber si estaba soñando o si todo aquello le acababa de pasar. Antes de meterse en la cama, se había repetido «Saad-al-Aali» varias veces. Después se había dormido.

Al día siguiente, a las diez en punto, estaba en Arenys de Mar. La noche era clara y hacía más bien fresco. Hacía años que no había estado allí. Todo había cambiado mucho. Por fin, una carretera de verdad evitaba atravesar la población por aquellas callejuelas tan estrechas. Le habían preguntado: «¿Qué hay que hacer?», y él se había embarullado contestando: «Saad-al-Aali». La cosa había sido bastante satisfactoria, porque el hombre que tenía delante le había indicado que le siguiese. Habían subido a una especie de yate y se habían hecho a la mar inmediatamente. No había nubes y el paisaje desde el barco era maravilloso. Las luces de Arenys centelleaban. Hasta el momento, se habían visto bien todos los edificios, pero poco a poco se habían ido convirtiendo en una mancha de luz. Unos marineros trabajaban en cubierta. El hombre que le había hecho subir le señaló una cabina y un traje de baño que tenía que ponerse. Cuando salió nuevamente a cubierta, las máquinas habían parado. Desde el barco, iluminaban el agua con unos reflectores. El hombre que mandaba le había agarrado señalándole unas cosas que flotaban

sobre el agua. Su misión era lanzarse al mar y enganchar los diez paquetes que flotaban en una cuerda que colgaba del barco. Lo había mirado todo con un poco de recelo, pero no se lo había hecho decir dos veces. Aunque el agua estaba fría, pronto se encontró bien. Se había acercado lentamente a los paquetes. Los había arrastrado de uno en uno al yate hasta contar nueve. Un reflector le ayudaba a encontrar el que hacía diez. Estaba más lejos. Sin embargo, al llegar se había apagado la luz y la embarcación había huido en dirección a Francia. Aquello no le había preocupado demasiado. Arenys estaba a la vista y no le costaría llegar nadando, pero iba en traje de baño... Una vez en tierra, ya vería qué haría, pero primero había que llegar. De vez en cuando, mientras una ola le levantaba, veía las luces del puerto y las de la carretera. Los vehículos que iban y venían de Barcelona eran chispas que centelleaban unos instantes. Se lo había tomado bien, aunque estaba convencido de que le habían tomado el pelo. A la entrada del puerto se había dado cuenta de que una lancha motora le seguía. Se le había puesto al lado. Oyó que una voz que no le era desconocida le decía en alemán:

–Parece que llevamos prisa...

Sobre la embarcación encontró a los dos tipos de la noche anterior. Le habían ayudado a subir. Le habían dado una toalla para secarse y después unos pantalones y un jersey grueso. Les había expresado su mal humor:

–¿Hacen muy a menudo esto de plantar a la gente dentro del agua?

Sonrió.